

www.shepherdserve.org

Eres bienvenido a copiar, imprimir, distribuir o transmitir estos documentos de cualquier forma, mientras que los documentos no sean para la venta, no sean alterados y mantengan su significado original *completo*. © 2005 por David Servant

El Ministro Que Hace Discípulos

Por David Servant

Capítulo dos Comenzando Correctamente

Bíblicamente hablando, un discípulo es un sincero creyente del Señor Jesucristo, es alguien que permanece en su palabra y consecuentemente es libre del pecado. Un discípulo es aquel que está aprendiendo a obedecer todos los mandamientos de Cristo, y es alguien que ama a Jesús más que a su propia familia, sus propias comodidades, y sus posesiones y manifiesta este amor por su estilo de vida. Los verdaderos discípulos de Jesús se aman los unos a los otros y demuestran este amor en formas muy prácticas. Ellos llevan fruto¹. Esta es la clase de gente que Jesús quiere.

Obviamente aquellos que no son sus discípulos, no pueden hacer discípulos para Él. Por eso, primeramente nosotros mismos tenemos que estar seguros de que somos sus discípulos antes de pensar en formar discípulos para Él. Muchos ministros, cuando exponen un criterio que va en contra de la definición bíblica de lo que es un discípulo, están lejos del sentir de Cristo. No hay esperanza de que tales ministros puedan hacer discípulos, y de hecho, no lo intentarán. No están suficientemente comprometidos con Jesucristo para sobrellevar las dificultades que vienen al hacer discípulos.

A partir de este punto, voy a asumir que los ministros que continuarán leyendo son discípulos del Señor Jesús, comprometidos completamente a obedecer sus mandamientos. Si tú no lo eres, no tiene caso que sigas leyendo hasta que hagas el compromiso necesario de ser un verdadero discípulo. ¡No esperes más, póstrate sobre tus rodillas y arrepíentete! Por su maravillosa gracia, Dios te perdonará y te hará una nueva creación en Cristo.

Redefinición de Discipulado

Aunque Jesús hizo una definición muy clara de lo que es un *discípulo*, muchos han reemplazado su definición por una propia. Por ejemplo, para algunos la palabra discípulo es un término ambiguo que aplica a cualquiera que dice ser cristiano. Para ellos, la palabra *discípulo* ha sido despojada de su significado bíblico.

¹ Esta definición es derivada de lo que ya hemos leído en Mateo 28:18-20, Juan 8:31-32; 13:25, 15:8 y Lucas 14: 25-33

Otros consideran el discipulado como un segundo paso opcional de compromiso para los creyentes herederos del cielo. Estos piensan que uno puede ser un creyente heredero del cielo, ¡pero no ser un discípulo de Jesús! Ya que simplemente es tan difícil ignorar los requisitos de Jesús para el discipulado que se encuentran en la Escritura, se ha enseñado que hay dos niveles de cristianos –los creyentes, que creen en Jesús y los discípulos, que creen y están comprometidos con Jesús. En línea con esta creencia, se ha dicho frecuentemente que hay muchos creyentes pero pocos discípulos, pero que ambos irán al cielo.

Esta doctrina efectivamente neutraliza el mandamiento de hacer discípulos establecido por Jesús, lo que a su vez neutraliza el hacer discípulos hoy en día. Si ser un discípulo significa el compromiso de negarse a sí mismo y aún implica trabajo difícil; si ser un discípulo es opcional, la gran mayoría de personas elegiría no ser un discípulo, especialmente si piensan que serán bienvenidos al cielo sin ser discípulos.

Así que aquí hay algunas preguntas muy importantes que tenemos que hacernos: ¿nos enseña la Escritura que podemos ser herederos del cielo sin ser discípulos de Jesucristo? ¿Es el discipulado un paso opcional para cada creyente? ¿Existen dos niveles de cristianos, los creyentes sin compromiso y los discípulos comprometidos?

La respuesta a todas estas preguntas es *No*. El Nuevo Testamento en ninguna parte enseña que hay dos categorías de cristianos, los creyentes y los discípulos. Cuando uno lee el libro de los Hechos, uno encuentra referencias repetidas acerca de los *discípulos*, y obviamente estas no son referencias de una clase más alta o de creyentes más comprometidos. Todos los que creían en Jesús, eran sus discípulos². De hecho, “Los *discípulos* fueron llamados *cristianos* por primera vez, en Antioquía” (Hechos 11: 26, énfasis agregado).

Es interesante notar que la palabra griega para discípulo (*mathetes*) es encontrada 261 veces en el Nuevo Testamento, mientras que la palabra griega para creyente (*pistos*) sólo se encuentra 9 veces (según se interpreta la palabra *creyente* en la Nueva Versión Americana Standard). La palabra griega para *cristianos* (*christianos*), se encuentra sólo tres veces. Estos hechos son suficientes para convencer a cualquier investigador honesto, que en la iglesia primitiva, los que creían en Jesús eran llamados sus discípulos.

Comentario de Jesús

Jesús ciertamente pensaba que ser un discípulo no era algo secundario o un paso opcional para los creyentes. Sus tres requisitos para discipulado que leemos en Lucas 14, no eran dirigidos a los creyentes como una invitación a un nivel más alto de compromiso. Al contrario, Sus palabras eran dirigidas a las multitudes. El discipulado es el primer paso en una relación con Dios. Además, leemos en Juan 8:

Al hablar Él estas cosas, *muchos creyeron en Él*. Dijo entonces Jesús a *los judíos que habían creído* en Él, “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis

² 3 Los discípulos están mencionados en Hechos 6:1,2,7; 9:1, 10, 19, 25, 26, 36, 38; 11:26, 29; 13: 52; 14:20, 21, 22, 28; 15:10; 16:1; 18: 23, 27; 19:1, 9, 30; 20:1, 30; 21: 4, 16. Los creyentes están mencionados solo en Hechos 5:14; 10:45 y 16:1. En Hechos 14:21, por ejemplo, Lucas escribió, “Y después que ellos (Pablo y Bernabé) habían predicado el evangelio a esa ciudad y habían hecho muchos discípulos...” de este modo Pablo y Bernabé hicieron discípulos predicando el evangelio, y la gente era inmediatamente discipulada luego de su conversión, no después en un tiempo opcional.

verdaderamente Mis *discípulos*, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”. (Juan 8: 30-32).

Nadie puede negar el hecho de que Jesús hablaba a los nuevos creyentes acerca de ser sus discípulos. Jesús no le dijo a estos nuevos creyentes, “quizá alguna vez en el futuro deseen considerar la opción de tomar el siguiente paso, un paso de compromiso: el ser mis discípulos”. Al contrario, Jesús dijo a estos nuevos creyentes que Él esperaba que ya fueran sus discípulos, pues las palabras *creyente* y *discípulo* eran sinónimas. Él les dijo que la forma en que ellos podían probar que eran sus discípulos, era permaneciendo en su palabra, como resultado de haber sido libres del pecado (ver 8: 34-36).

Jesús sabía que la profesión de fe de la gente no era una garantía de que fueran creyentes. Él también sabía que aquellas personas que realmente creían que Él era el Hijo de Dios, actuarían como tal – serían inmediatamente sus discípulos – anhelando el obedecerle y complacerle. Tales creyentes/discípulos permanecerían naturalmente en su palabra, haciéndola su casa. Y conforme descubrían su voluntad al aprender sus mandamientos, progresivamente llegarían a ser libres del pecado.

Es por esto que Jesús retó inmediatamente a estos nuevos creyentes a probarse a sí mismos. Su declaración, “si son *verdaderamente* mis discípulos”, indica que Él creía que había una posibilidad de que no fueran verdaderos discípulos, sino sólo discípulos en apariencia. Podían haberse engañado a sí mismos. Sólo si pasaban esta prueba de Jesús, ciertamente podían ser sus discípulos. (Al leer el resto del diálogo en Juan 8:37-59 parece que Jesús tuvo una buena razón para dudar de su sinceridad.)³

Nuestra escritura clave, Mateo 28:18-20, rechaza la teoría de que los discípulos fueran una clase más alta de cristianos comprometidos. Jesús ordenó en la Gran Comisión que los *discípulos* fueran bautizados. Por supuesto, el libro de los Hechos indica que los apóstoles no esperaron hasta que los nuevos creyentes tomaran un “segundo paso de un compromiso radical con Cristo”, antes de bautizarlos. Al contrario, los apóstoles bautizaron a todos los creyentes nuevos casi inmediatamente después de su conversión, pues creyeron que los verdaderos creyentes eran discípulos.

Debido a esto, aquellos ministros que creen que los discípulos son los únicos creyentes con compromiso, están fallando en su propia teoría. La mayoría de estos bautizan a todos los que creen en Jesús sin esperar hasta que alcancen otro nivel de compromiso llamado “discipulado”. Si realmente creen en lo que predicán, deberían bautizar únicamente a aquellos que alcancen el nivel de discipulado, los cuales deben de ser muy pocos.

Tal vez, un golpe final a esta diabólica doctrina será suficiente. Si los discípulos son diferentes a los creyentes, ¿por qué es que Juan escribió que el amor por los hermanos es una marca que identifica a los *creyentes* verdaderos que han nacido de nuevo (ver 1 Juan 3:14)? Y ¿por qué Jesús dijo que el amor por los hermanos es una marca que identifica a Sus verdaderos *discípulos* (ver Juan 13:35)?

³ Este pasaje de la Escritura también expone los errores prácticos y modernos que asumen los nuevos convertidos en su salvación. Jesús no les aseguró a estos nuevos convertidos que ya eran salvos sólo porque ellos habían hecho una corta oración para aceptarle o verbalizar una fe en Él. Al contrario, Él los retó a considerar si su nueva profesión era genuina. Nosotros deberíamos seguir su ejemplo.

El Origen de Esta Falsa Doctrina

Si en la escritura no se encuentran dos clases separadas de cristianos, los creyentes y los discípulos, ¿cómo es que se defiende esta doctrina? La respuesta es que esta falsa doctrina está sólidamente apoyada por otra falsa doctrina acerca de la salvación. Esta doctrina alega que los requisitos que demanda el discipulado, no son compatibles con el hecho de que la salvación es por gracia. Con esta lógica, se concluye que los requisitos para el discipulado, no son los mismos requisitos para la salvación. Por lo tanto, ser un discípulo debe ser un paso opcional para los creyentes herederos del cielo que son salvos por gracia.

El error fatal de esta teoría es que hay muchas partes de la Escritura que se le oponen. Por ejemplo, Jesús fue claro cuando, hacia el final de su Sermón del Monte, luego de haber enumerado varios mandamientos Él dijo:

No todo el que me dice, “Señor, Señor”, entrará al reino de los cielos; sino aquel que hace la voluntad de mi padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Claramente Jesús relacionó obediencia con salvación, aquí y en muchos otros discursos. Así que, ¿cómo podemos considerar numerosas escrituras como ésta con la afirmación bíblica de que la salvación es por gracia? Es muy simple. Dios, por su asombrosa gracia, está ofreciendo temporalmente a todos una oportunidad de arrepentirse, creer, y nacer de nuevo, motivado poderosamente a obedecer por el Espíritu Santo. Así que la salvación es por gracia. Sin la gracia de Dios, nadie podría ser salvo, porque todos han pecado. Los pecadores no pueden merecer la salvación. Así que ellos necesitan la gracia de Dios para ser salvos.

La gracia de Dios es revelada en tantas formas en relación con nuestra salvación. Es revelada en la muerte de Jesús en la cruz, en el llamado que nos hace Dios para el evangelio, cuando Él nos acerca a Jesús, cuando nos convence de nuestro pecado, al darnos una oportunidad de arrepentimiento, al regenerarnos y llenarnos de su Espíritu Santo, al romper el poder del pecado sobre nuestras vidas, al darnos poder para vivir en santidad, al disciplinarnos cuando pecamos y así sucesivamente. No hemos ganado ninguna de estas bendiciones. Somos salvos por gracia desde el comienzo hasta el final.

Sin embargo, de acuerdo con la Escritura, la salvación no es sólo “por gracia”, sino “por medio de la fe”: “*por gracia sois salvos por medio de la fe*” (Efesios 2:8a, énfasis agregado). Estos dos componentes son necesarios y compatibles. Si la gente es salva, ambas, la fe y la gracia son necesarias. Dios extiende su gracia y nosotros respondemos con fe. Por supuesto que la fe genuina produce obediencia a los mandamientos de Dios. Como Santiago escribió en el segundo capítulo de su epístola, la fe sin obras esta muerta, no tiene provecho y no puede salvar (ver Santiago. 2:14-26).⁴

El hecho es que la gracia de Dios nunca le ha ofrecido a nadie una licencia para pecar. Al contrario, la gracia de Dios ofrece temporalmente una oportunidad para

⁴ Aún más adelante, contrario a aquellos que sostienen que somos salvos por medio de la fe sin obras, Santiago dice que no podemos ser salvos únicamente por fe, “veréis que el hombre no es sólo justificado por fe, sino por obras”. La fe verdadera nunca está sola; siempre está acompañada de obras.

arrepentirse y nacer de nuevo. Después de la muerte, no hay más oportunidad de arrepentirse y nacer de nuevo y por esto la gracia de Dios ya no estaría disponible. Por lo tanto su gracia salvadora debe de ser temporal.

Una mujer a quien Jesús salvó por gracia, por medio de la fe

Un ejemplo perfecto de la salvación dada por gracia por medio de la fe lo encontramos en la historia del encuentro de Jesús con una mujer que había sido hallada en adulterio. Jesús le dijo, “Ni siquiera yo te condeno (esto es gracia, porque ella merecía ser condenada); *vete ahora, y no peques más*” (Juan 8:11, énfasis agregado). Esto es exactamente lo que Jesús esta diciéndole a cada pecador del mundo. “No te condeno ahora. Tú mereces morir y ser condenado por siempre al infierno, pero te estoy mostrando mi gracia. Mi gracia, sin embargo, es sólo temporal, así que arrepiéntete. Deja de pecar ahora, antes de que mi gracia finalice y te encuentres ante a mi trono del juicio como un pecador culpable”.

Imaginémonos que la mujer adúltera se arrepintió cuando Jesús se lo ordenó. Si ella lo hizo, fue salva por *gracia*, por medio de *la fe*. Fue salva por gracia porque, al ser pecadora, nunca hubiera podido ser salva sin la *gracia* de Dios. Ella nunca pudo haber dicho que era salva por sus obras. Y fue salva *por medio de su fe*, porque *creyó* en Jesús y por esto creyó lo que Él le dijo manteniendo su advertencia y apartándose de su pecado antes de que fuera muy tarde. Todos los que tengan una fe genuina en Jesús se arrepentirán, porque Jesús advirtió que, a menos que se arrepientan, ellos perecerán (ver Lucas 13:3). Jesús también declaró solemnemente que sólo los que hacen la voluntad del Padre entrarán al cielo (Mateo 7:21). Si alguno cree en Jesús, también creará y considerará su advertencia.

Pero imaginémonos que la mujer adúltera no se arrepintió de su pecado. Ella siguió pecando y murió, hasta llegar y estar frente al trono del juicio de Jesús. Imagínese a ella diciéndole a Jesús, “¡Jesús, que bueno verte! Me acuerdo que no me condenaste por mi pecado cuando estuve frente a Ti en la tierra. Seguramente tu gracia sigue igual, no me condenaste en aquel momento, así que no me condenarás ahora”.

¿Que piensa de esto?, ¿Jesús le daría la bienvenida al paraíso? La respuesta es obvia. Pablo advirtió, “No os engaños, ni los fornicarios... ni los adúlteros...heredarán el reino de Dios” (1 Corintios 6: 9-10).

Todo esto es para decir que los requisitos del discipulado de Cristo son nada más que requisitos de una fe genuina en Él, *lo cual equivale a la fe salvadora*. Y cualquiera que obtiene esta fe salvadora ha sido salvo por gracia, por medio de la fe. No hay fundamentos bíblicos para el hecho de que, si la salvación es por gracia, los requisitos de Jesús para el discipulado son incompatibles con los requisitos para la salvación. El discipulado no es un paso opcional para creyentes herederos del cielo; al contrario, el *discipulado es evidencia de una genuina fe salvadora*.⁵

⁵ 6 También es de mucha ayuda mantener en mente lo que Pablo frecuentemente afirmó, que la salvación era por gracia y no por obras, porque él estaba luchando fuertemente con el legalismo de esos días. Pablo no trataba de corregir a la gente que enseñaba que la santidad era esencial para ir al cielo, porque él mismo afirmaba y creía este hecho. Al contrario, él escribe esto para corregir a los judíos que no tenían concepto de la salvación en la gracia de Dios, ellos no veían ninguna razón para que Jesús muriera. Muchos de ellos no creían que los gentiles podían ser salvos, porque no tenían concepto de la gracia de la salvación como algo posible. Muchos pensaron que por la circuncisión, linaje físico, o mantener la ley (lo que no hicieron de todas formas) habían ganado la salvación, por esto anularon la gracia de Dios y la necesidad de la muerte de Cristo.

Como esto es así, para ser exitoso ante los ojos de Dios, *un ministro debería comenzar correctamente el proceso de hacer discípulos por medio de predicar el verdadero evangelio, llamando a la gente a tener una fe con obediencia*. Cuando los ministros promueven la falsa doctrina de que el discipulado es un paso opcional de compromiso para los creyentes herederos del cielo, ellos están trabajando en contra del mandamiento de Jesús de hacer discípulos y están proclamando una gracia falsa y un evangelio falso. Sólo los verdaderos discípulos de Cristo poseen fe salvadora y van al cielo, justo como Jesús lo prometió: “No todo el que me dice, “Señor, Señor”, entrará al reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

El Nuevo Falso Evangelio

Debido al falso concepto de la salvación como gracia de Dios, el evangelio moderno ha sido frecuentemente despojado de los elementos bíblicos esenciales que son considerados incompatibles con un mensaje de gracia. Sin embargo, un falso evangelio sólo produce cristianos falsos. Por esto es que muchos de los nuevos “convertidos” modernos, no se encuentran en las iglesias unas semanas después de que “aceptaron a Cristo”. Aún más, muchos de los que asisten a las iglesias no se distinguen de la población que no ha sido regenerada, pues poseen los mismos valores y practican los mismos pecados que sus conservadores vecinos. Esto se debe a que realmente no creen en el Señor Jesucristo y no han nacido de nuevo.

Uno de estos elementos esenciales, ahora dejado atrás por el evangelio moderno, es el llamado al arrepentimiento. Muchos ministros piensan que si le dicen a la gente que deje de pecar, (como Jesús le dijo a la mujer adúltera), esto sería como decirles que la salvación no es por gracia sino por obras. Pero esto no puede ser verdad, porque Juan el Bautista, Jesús, Pedro y Pablo, todos ellos proclamaron que el arrepentimiento es absolutamente necesario para la salvación. Si predicar acerca del arrepentimiento niega en cierta forma la gracia de Dios en la salvación, entonces Juan el Bautista, Jesús, Pedro y Pablo negaron la salvación por la gracia de Dios. Ellos sin embargo, entendieron que la gracia de Dios ofrece temporalmente una oportunidad para arrepentirse y no una oportunidad para seguir pecando.

Por ejemplo, cuando Juan el Bautista proclama lo que Lucas refiere como “el evangelio”, su mensaje central se basa en el arrepentimiento (ver Lucas 3:1-18). Aquellos que no se arrepintieron irían al infierno. (Ver Mateo 3:10-12, Lucas 3:17).

Jesús predicó acerca del arrepentimiento desde el comienzo de su ministerio (ver Mateo 4:17). Él le advirtió a la gente que si no se arrepentía, iba a perecer (ver Lucas 13:3, 5).

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar a varias ciudades, “Saliendo predicaron que los hombres se *arrepintieran*” (Marcos 6:12, énfasis agregado).

Después de la resurrección, Jesús les dijo a los doce que llevaran el mensaje de arrepentimiento a todo el mundo, porque esta era la llave para abrir la puerta del perdón.

Y Él les dijo, “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el

arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47, énfasis agregado)

Los apóstoles obedecieron las instrucciones de Jesús. Cuando Pedro estaba predicando en el día del Pentecostés, las personas convencidas de pecado que le escuchaban, al darse cuenta de la verdad del hombre a quien ellos habían crucificado recientemente, preguntaron a Pedro qué deberían hacer. Su respuesta, ante todo, fue que debían arrepentirse (ver Hechos 2:38).

El segundo sermón público de Pedro, en el pórtico de Salomón, contiene un mensaje idéntico. Los pecados no serán borrados sin arrepentimiento.⁶

Así que, *arrepentíos* y convertíos para que sean borrados vuestros pecados (Hechos 3:19a, énfasis agregado)

Cuando Pablo testificó ante el rey Agripa, él declaró que su evangelio siempre había tenido el mensaje de arrepentimiento:

“Consecuentemente, rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles que *se arrepintieran y se convirtieran a Dios*, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26:19-20, énfasis agregado).

En Atenas, Pablo advirtió a su audiencia que todos estarían en el juicio ante Cristo, y los que no se arrepintieran, no estarían preparados para ese gran día:

“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora *manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepintan*; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos” (Hechos 17:30-31, énfasis agregado).

En su sermón de despedida a los ancianos de Éfeso, Pablo mencionó el arrepentimiento junto con la fe como una parte esencial de su mensaje:

“Y como nada que fuera útil he rehuido... solemnemente testificando a judíos y a gentiles acerca del *arrepentimiento* para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:20a, 21, énfasis agregado).

Esta lista de pruebas en la escritura debería ser suficiente para convencer a cualquiera de que, a menos que la necesidad de arrepentimiento sea proclamada, el

⁶ Además, cuando Dios le reveló a Pedro que los gentiles podían ser salvos simplemente al creer en Jesús, Pedro declaró en la casa de Cornelio, “ En verdad entiendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme *y hace justicia*” (Hechos 10:34b-35, énfasis agregado). Pedro también declaró en Hechos 5:32 que Dios dio el Espíritu Santo “a aquellos que le obedecieran”. En todos los verdaderos cristianos habita el Espíritu Santo (ver Romanos 8:9, Gálatas 4:6).

verdadero evangelio no ha sido aún predicado. La relación con Dios comienza con arrepentimiento. No hay perdón de pecados sin esto.

Redefinición del Arrepentimiento

Aún a la luz de tantas pruebas en la escritura de que la salvación depende del arrepentimiento, algunos ministros tratan de anular esta necesidad adulterando su significado correcto para hacerla compatible con su falso concepto de la gracia de Dios. Con su nueva definición, el arrepentimiento no es más que un cambio de opinión acerca de quién es Jesús, y que sorprendentemente, no hace ningún efecto en la conducta de la persona.

Así que, ¿qué era lo que los predicadores del Nuevo Testamento esperaban al llamar a la gente al arrepentimiento? ¿Llamaban a la gente sólo a cambiar su forma de pensar acerca de Jesús o los llamaban para que tuviera un cambio de conducta?

Pablo creyó que el arrepentimiento verdadero requería un cambio de conducta. Ya hemos leído su testimonio en sus décadas de ministerio, como él lo declaró ante el rey Agripa:

“Por lo cual, rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco y en Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintieran y se convirtieran a Dios, *haciendo obras dignas de arrepentimiento*” (Hechos 26:19-20), énfasis agregado).

Juan el Bautista también creyó que el arrepentimiento era más que un cambio de opinión acerca de ciertos factores teológicos. Cuando su audiencia respondió a su llamado de arrepentimiento y le preguntaron lo que debían hacer, él enumeró cambios específicos de conducta (ver Lucas 3:3, 10-14). Él también ridiculizó a los fariseos y saduceos porque únicamente fingieron arrepentirse, y les advirtió del fuego del infierno si no se arrepentían verdaderamente:

“¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? *Producid pues frutos dignos de arrepentimiento...* El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, por tanto, *todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego*” (Mateo 3: 7-10, énfasis agregado).

Jesús predicó el mismo mensaje de arrepentimiento que Juan (ver Mateo 3:2; 4:17). Él una vez declaró que Nínive se arrepintió por la predicación de Jonás.

Cualquiera que lea el libro de Jonás sabrá que Nínive hizo más que simplemente cambiar de opinión. Ellos también cambiaron sus acciones, volviéndose del pecado. Jesús llamó a esto *arrepentimiento*.

El *arrepentimiento bíblico es una voluntad de cambiar la conducta en respuesta a una auténtica fe nacida en el corazón*. Cuando un ministro predica el evangelio sin mencionar la necesidad de un cambio genuino de conducta que autentica el arrepentimiento, estará trabajando en contra del deseo de Cristo para sus discípulos. Aún más, está induciendo a su audiencia a creer que pueden ser salvos sin

arrepentimiento, y esto potencialmente asegura su condenación si ellos le creen. Él está trabajando en contra de Dios y para Satanás, se de cuenta de ello o no.

Si un ministro va a formar discípulos como Jesús lo mandó, tiene que empezar con el proceso correctamente. Cuando no predica el verdadero evangelio que llama al arrepentimiento y a una fe en obediencia, él está destinado a fracasar, aunque a los ojos de la gente pueda verse exitoso. Él puede tener una gran congregación, pero está construyendo con leña, heno, y paja, y cuando sus obras sean pasadas por el fuego futuro, la calidad de sus obras será probada y éstas serán consumidas (ver 1 Corintios 3:12-15).

El Llamado de Jesús a un Compromiso

Jesús no solamente llamó a los no salvos a volverse del pecado, sino que también los llamó a un compromiso de seguirle y obedecerle inmediatamente. Él nunca ofreció salvación en menores términos, como se hace hoy día. Él nunca invitó a la gente a que lo “aceptaran”, prometiéndoles su perdón, para después darles una sugerencia para comprometerse a obedecerle. Al contrario, Jesús demandó que el primer paso debe de ser un compromiso de todo corazón.

Tristemente, el llamado de Jesús a un compromiso costoso es simplemente ignorado por los cristianos de hoy en día, o si se habla de ello, se explica como un llamado a una relación más profunda con Dios que está supuestamente dirigida, no a los que no son salvos, sino a aquellos que ya son salvos por la gracia de Dios. Sin embargo, muchos de estos “creyentes” que proclaman que el alto compromiso del que habló Jesús se dirige a ellos en vez de a los no convertidos, no *atienden a Su llamado en su interpretación*. Tienen la opción de no responder en obediencia, y no lo hacen.

Consideremos una de las invitaciones de Jesús a la salvación, que es interpretada frecuentemente como un llamado a un caminar más profundo, supuestamente dirigida a aquellos que ya son salvos:

“Y Él (Jesús), llamando a las multitudes y a sus discípulos les dijo: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo aquel que quiera salvar su vida la perderá, y todo aquel que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará, porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Por tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Marcos 8: 34-38).

¿Es esta una invitación dirigida a los no creyentes o una invitación para una relación de compromiso dirigida a los creyentes? Si leemos honestamente, la respuesta será obvia.

Primero, nótese que la multitud que seguía a Jesús consistía en “una multitud *con* sus discípulos” (énfasis agregado). Entonces claramente, “la multitud” no consistía de sus discípulos. De hecho ellos eran “convocados” por Él para escuchar lo que Él iba a decir. Jesús quería que todos, seguidores y buscadores, entendieran la verdad de lo que

Él les iba a hablar. Nótese también que Él comienza diciendo “*Si alguno*” (v. 34, énfasis agregado). Sus palabras eran para alguien y para todos.

Al continuar leyendo, se vuelve más claro a quién se estaba dirigiendo Jesús. Específicamente, sus palabras eran dirigidas a cada persona que deseaba (1) “ir en pos” de Él, (2) “salvar su vida”, (3) “no perder su alma”, (4) estar al lado de aquellos de los que Él no se avergonzaría cuando viniera en la gloria de su Padre con sus santos ángeles. Todas estas cuatro expresiones indican que Jesús estaba describiendo a personas que quieren ser salvas. ¿O pensaríamos que hay alguna persona heredera del cielo que no quiere ir “en pos” de Jesús y “salvar su vida”? ¿Pensaríamos que hay creyentes verdaderos que “perderían el alma” por avergonzarse de Cristo y de sus palabras, y que Jesús se avergonzaría de ellos cuando Él vuelva? *Obviamente*, Jesús estaba hablando acerca de ganar la salvación eterna en este pasaje de la Escritura.

Nótese que cada una de las últimas cuatro oraciones ayudan a explicar y expandir la oración previa. Ninguna oración dentro de este pasaje debe de ser interpretada sin considerar cómo las otras la iluminan. Consideremos las palabras de Jesús, oración por oración con su significado.

Oración #1

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Marcos 8:34).

Otra vez, note que las palabras de Jesús estaban dirigidas a cualquiera que quería venir en pos de Él, a cualquiera que quería ser su *seguidor*. Esta es la única relación que Jesús ofrece inicialmente: el ser su seguidor.

Muchos desean ser amigos de Él sin ser sus seguidores, pero esta opción no existe. Jesús no consideraba a nadie su amigo a no ser que le obedeciera. Una vez Él dijo, “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

Muchos desean ser sus hermanos sin ser sus seguidores, pero de nuevo, Jesús no dio esta opción. Él a nadie consideró su hermano a menos que fuera obediente: “El que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, *él es mi hermano*” (Mateo 12:50, énfasis agregado).

Muchos desean estar con Jesús en el cielo sin ser sus seguidores, pero Jesús dijo que esto era algo imposible. Solo aquellos que obedecen, son herederos del cielo: “No todo el que me dice ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos; sino aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (Mateo 7:21).

Considerando esto, Jesús informó a aquellos que querían seguirle que no podían hacerlo hasta que se negaran a sí mismos. Además, deberían estar dispuestos a deponer sus propios deseos, haciéndose obedientes a su voluntad. *El negarse a sí mismo y la sumisión es la esencia de seguir a Jesús*. Esto es lo que quiere decir “toma tu cruz”.

Oración #2

La segunda oración de Jesús hace que el significado de la primera oración, sea aún más claro:

“Todo aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y todo aquel que pierda su vida por causa de mí y del evangelio la salvará” (Marcos 8:35).

Nótese la relación entre ambas oraciones; la segunda aclara a la primera. Aquí Jesús hace el contraste entre dos tipos de personas, las mismas que aparecen en la primera oración: “el que se *niega* a sí mismo y toma su cruz para seguirle y el que *no se niega a sí mismo ni toma la cruz*”. Ahora se hace el contraste entre uno que perdería su vida por Cristo y por el evangelio y otro que no. Si buscamos la relación entre estos dos, debemos concluir que la persona que no se niega a sí misma corresponde a la que desea salvar su vida pero la pierde. Y aquella en la primera oración que está dispuesta a negarse a sí misma, corresponde a la que perdería su vida, pero en última instancia la salva.

Jesús no estaba hablando acerca de perder o salvar la vida física. Las oraciones siguientes en este pasaje indican que Jesús hablaba de pérdidas o ganancias eternas. Una expresión similar de Jesús registrada en Juan 12:25 dice: “Aquel que ama su propia vida la perderá; y aquel que aborrece su vida en este mundo la salvará para *vida eterna*” (énfasis agregado).

La persona en la primera oración que no se niega a sí misma, es la misma persona de la segunda oración que desea salvar su vida. Por esto, razonablemente podemos concluir que, “salvar la vida de uno”, es igual a “salvar la agenda de su propia vida”. Esto se vuelve más claro cuando consideramos el contraste con la persona que “pierde su vida por la causa de Cristo y del evangelio”. Esta es la que se niega a sí misma, toma su cruz y renuncia a su propia agenda y ahora vive con el propósito de llevar a cabo la agenda de Cristo y la expansión del evangelio. Es la que al final “salvará su vida”. La persona que busca el complacer a Cristo en vez de a sí misma, al final se encontrará feliz en el cielo, mientras que la persona que se complace a sí misma, al final se encontrará miserable en el infierno, perdiendo toda su libertad de seguir su propia agenda.

Oraciones #3 & 4

Ahora, la tercera y la cuarta oración:

“Porque, ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36-37).

Aquí se habla de la persona que no se negará a sí misma. También es la persona que desea salvar su vida, pero la perderá. Ahora se está hablando de alguien que persigue lo que el mundo le ofrece para, en última instancia, “perder su alma”. Al comparar lo valioso de todo el mundo con el alma humana, Jesús expone la insensatez de esta persona. Por supuesto que no hay comparación. La persona puede teóricamente alcanzar todo lo que el mundo ofrece, pero, si lo que logra al final es estar en el infierno eternamente, ha cometido el más grave de los errores.

De la tercera y la cuarta oración aprendemos qué es lo que motiva a las personas a no seguir a Cristo. La razón es su deseo por la auto gratificación ofrecida por el

mundo. Motivados por el amor a sí mismos, aquellos que se niegan a seguir a Cristo buscan los placeres pecaminosos, de los cuales los verdaderos seguidores de Cristo, se apartan por amarle y obedecerle a Él. Todos aquellos que tratan de ganar lo que el mundo ofrece, buscan riquezas, poder y prestigio, mientras que los verdaderos seguidores de Cristo buscan primeramente su reino y su justicia. Cualquier riqueza, poder o prestigio que ganan lo consideran un regalo de Dios, que se debe usar sin egoísmo para Su gloria.

Oración #5

Finalmente, llegamos a la quinta oración en este pasaje. Nótese cómo se relaciona con las otras oraciones al comenzar con “Por tanto”:

“Por tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.” (Marcos 8:38).

De nuevo, esta es la persona que no se negaría a sí misma, sino que seguiría su propia agenda, procurando lo que el mundo ofrece y que, al final, perderá su vida y su alma. Ahora bien, esta persona se caracteriza por ser alguien que se avergüenza de Jesús y sus palabras. Por supuesto que su vergüenza viene de su incredulidad. Si hubiera creído verdaderamente que Jesús es el Hijo de Dios, ciertamente no se avergonzaría de Él ni de sus palabras. Pero es miembro de una “generación adúltera y pecadora” y Jesús se avergonzará de él cuando vuelva. Claramente, Jesús no estaba describiendo a una persona salva.

¿Cuál es la conclusión de todo esto? Todo el pasaje no puede ser considerado adecuadamente como un pasaje que habla de un mayor compromiso para aquellos que ya están camino al cielo. Este pasaje es efectivamente, una revelación del camino a la salvación comparando a aquellos que son salvos con los que no lo son. Las personas salvas creen en el Señor Jesucristo y por eso se niegan a sí mismas por amor a Él, mientras que las que no son salvas, no demuestran esta fe obediente.

Otro Llamado al Compromiso

Hay muchos tipos que podríamos considerar, pero veamos otro llamado al compromiso del Señor Jesús, que no es sino un llamado a la salvación:

“Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

Los evangelistas utilizan frecuentemente este pasaje de la Escritura en sus invitaciones evangelísticas, y lo hacen correctamente. Estas palabras son claramente una invitación a la salvación. Aquí Jesús le ofrece descanso a aquellos que están “trabajados y cargados”. Él no está ofreciendo descanso *físico* para aquellos que están

físicamente agotados, sino descanso *para sus almas*, como Él dijo. Las personas no salvas están cargadas con culpa, miedo y pecado; y cuando se cansan por esto, son buenas candidatas para la salvación.

Si esta gente quiere recibir el descanso que Jesús está ofreciendo, deben hacer dos cosas de acuerdo a Él. Deben primeramente venir a Él y luego llevar su yugo sobre ellos. Los maestros de la falsa gracia frecuentemente le dan vuelta al verdadero significado de la expresión “llevar el yugo de Jesús”. Algunos dicen que Jesús estaba hablando de un yugo que Él llevaría sobre su propio cuello, pues Él lo llamó “mi yugo”. Y Jesús debe haberse referido a un yugo doble, como ellos dicen. La mitad de este yugo estaría en el cuello de Jesús, y la otra mitad estaría vacía, esperando a que nosotros la lleváramos en nuestros cuellos. Sin embargo, debemos entender que Jesús promete que tiraría de todo arado, porque Él dijo que su yugo es fácil y ligera su carga. Por esto, nuestra única labor, de acuerdo con estos maestros, es que estemos enyugados con Jesús por fe, permitiéndole que haga todo el trabajo referente a nuestra salvación, en tanto que ¡nosotros sólo disfrutamos de los beneficios ofrecidos por su gracia! Obviamente esta interpretación está algo forzada.

No, cuando Jesús dijo que los cansados deberían tomar su yugo, Él quiso decir que deberían someterse a Él, haciéndole su Señor, permitiéndole dirigir sus vidas. Es por esto que Jesús dijo que deberíamos tomar su yugo y aprender de Él. Los no salvos son como bueyes salvajes, caminando por su propio camino y dirigiendo sus propias vidas. Cuando ellos toman el yugo de Jesús, le dan el control a Él. Y la razón por la que el yugo de Jesús es fácil y ligera su carga es porque Él nos fortalece e impulsa a obedecerle por su Espíritu que habita en nosotros.

De este modo vemos de nuevo que Jesús llamó a la gente a la salvación, en este caso simbolizada como un descanso al cansado, llamando a la gente a someterse a Él y hacerlo su Señor.

En Resumen

Todo esto es para decir que el verdadero ministro exitoso es aquel que obedece el mandamiento de Jesús de hacer discípulos y que sabe que el arrepentimiento, compromiso y discipulado no son opciones solamente para los creyentes ya herederos del cielo. Al contrario, estas son las únicas expresiones de una fe salvadora. Por lo tanto, el ministro exitoso predica un evangelio bíblico a aquel que no es salvo. Él llama al no salvo a un arrepentimiento y a seguir a Jesús y no asegura una salvación sin un compromiso.